



# El arte mexicano actual invade los espacios de exposiciones y las galerías de Madrid

■ La presencia de México como país invitado en la feria Arco se completa con numerosas muestras de pintura, fotografía, arte electrónico, videoarte o cómic repartidas por la capital

ROCÍO DE LA VILLA  
Madrid. Servicio especial



La avalancha de exposiciones de México en Madrid, en paralelo a su condición de país invitado en Arco, ofrece una ocasión excepcional para situar la producción mexicana de las dos últimas décadas, conocida de manera muy fragmentaria en nuestro país. A pesar de que en este tiempo, el panorama del arte *made in México* se haya transformado radicalmente.

El *neomexicanismo* fue la etiqueta que funcionó en los ochenta para agrupar a los jóvenes que, en clave posmoderna y a menudo paródica, comenzaban a reciclar los símbolos y la iconografía nacionalista exportada por el gran muralismo mexicano de la primera mitad del siglo XX y explotada hasta el agotamiento por los dirigentes de su política cultural. Una década de expansión de su coleccionismo e instituciones que sería abruptamente abortada por la crisis política y económica del régimen salinista.

A partir de ahí, el panorama del arte contemporáneo de este país, tradicionalmente uno de los recto-

del diálogo sujeto a sujeto en la aldea global marcan el pluralismo de la exposición colectiva e intergeneracional *Eco. Arte contemporáneo en México*, que ofrece el Museo Reina Sofía, con obras de los últimos quince años, pero sin ninguna pretensión de presentar un mapa completo. De los cuarenta artistas, todavía pocos se han visto en España, como Francisco Toledo, Teresa Margolles, Milagros de la Torre y el español residente en México Santiago Sierra.

Pero en un recorrido por Madrid podemos adentrarnos en la creación reciente de algunos artistas destacados: en el trabajo lumínico de Leo Villareal (galería Javier López), las topografías engañosas de Pablo Vargas Lugo (galería Fúcares), las fo-



*Corazón de serpiente* de Damián Flores

tos de viajes de Félix Curto (La Fábrica), el cuestionamiento de la reproducción de la imagen sobre papel de José Dávila (galería Travesía), y los 440 dibujos digitales de Carlos Amorales (Casa de América).

La carencia de marca étnica define también, como no podía ser menos, los proyectos de arte electrónico de DataSpaces, en el Centro Cultural Conde Duque. En una opción más clásica, una aproximación a las variedades de la pintura mexicana puede hacerse en *Conjeturas del vecindario* (Museo de América), con obras de José Antonio Farrera, José Antonio Platas, Coral Revueltas, Elvira Sarmiento y Lourdes Grobet. Además, el Instituto de México presenta la obra onírica de Alfredo Castañeda.

La fotografía mexicana, desde los años cuarenta hasta hoy, se revisa en *Iconofagia* (Canal de Isabel II), el videoarte se muestra en el ciclo *Declaraciones* (Reina Sofía) y el cómic, es protagonista en *ConSecuencias: historieta mexicana* (sala Amadís). Cabe destacar por último las colectivas iconoclastas *Nuevas Castas* (galería Fernando Pradilla) y *Sofí Machos* (galería Pilar Parra & Romero), con los artistas de Guadaluajara (Jalisco) Fernando Palomar, Gonzalo Lebrija, el chileno Cristián Silva y Luis Suro, recientemente asesinado en un atraco. ●

*El Reina Sofía reúne en 'Eco. Arte contemporáneo en México' obras de los últimos quince años de cuarenta autores*

res de la plástica latinoamericana, atraviesa un periodo de fragmentación y dispersión, de sus artistas y críticos, con un pie en México y otro en los numerosos museos latinos de Estados Unidos, como se ha reflejado en la elección de los comisarios de México en la Feria: Julián Zugazagoitia, desde el 2002 director del Museo del Barrio de Nueva York, y Carlos Ashida, director del Museo Carrillo Gil en el DF.

También, buen ejemplo del nuevo perfil de artista nómada mexicano es Gabriel Orozco (Veracruz, 1962), quien declara actualmente residir en Nueva York, Londres y Berlín, y cuyas obras ocupan estos días el Palacio de Cristal del Retiro madrileño, convertido en una sala de juegos, con unas versiones de ajedrez, billar y ping-pong que desafían la percepción del espectador.

Orozco, que vivió en Madrid en 1986 y sigue siendo el referente de muchos jóvenes artistas mexicanos, fue el primero en rechazar la exigencia del exotismo localista.

La defensa de la experiencia personal y el posible establecimiento